



EL EMPERADOR CARLOS V EN EL MONASTERIO DE YUSTE.

(CUADRO DE G. BERGMANN.)

G. Bergmann ha tomado por asunto de su cuadro la vida silenciosa á la que se habia entregado Carlos V en el monasterio de Yuste. Sabido es que una anecdota refiere que el emperador, viendo frustrado su empeño dirigido á que cierto número de relojes anduviese con la mas cabal precision y puntualidad, exclamó: «¡Tanto me esforcé en sujetar á los hombres á una marcha uniforme, y hé aqui que ni aun me es dado fijar la de dos relojes!» Esta idea parece preocupar al soberano, sentado en su humilde aposento, asunto que el artista ha interpretado admirablemente con su excelente pincel. Hallaba Carlos V en traje negro y actitud de un hombre de ánimo abatido, sentado en un sillón de color de violeta, dejando caer la mano izquierda, mientras que en la derecha tiene una caja de reloj. La mirada que lanza de su rostro de perfecto parecido es vaga, expresando á la vez la secreta melancolia que alimentaba en su pecho. Sobre su derecha hay una chimenea, que deposita el reflejo de su luz sobre la parte inferior del cuerpo, y en último término vése la alcoba del emperador, cuya ventanita da á la iglesia. El anacronismo que envuelven los relojes que descuellan en retaguardia, consideramos completamente justificado, si tenemos en cuenta que las obras, aun de los mas aventajados maestros, adolecen de este defecto, si cabe, en grado todavia mas chocante. Con lo que en verdad no hemos podido familiarizarnos es con la eleccion del asunto que tan honda turbacion despierta en cualquiera que lo contemple. El rey de Hannover ha re-

compensado el talento y laboriosidad del pintor, comprando á un precio muy subido el cuadro, en ocasion de hallarse espuesto en su residencia.

EL ISTMO DE SUEZ.

Artículo dedicado á mi amigo D. Pablo Ortiga Rey.

En el número 16 del SEMANARIO PINTORESCO del presente año, en un artículo titulado *El istmo de Suez y el de Panamá*, nos ocupamos principalmente del ferro-carril construido en este último punto: hoy nos proponemos hacer algunas observaciones relativamente al canal que se ha proyectado abrir á través del istmo de Suez, y cuyos trabajos segun noticias se han inaugurado ya á estas horas.

La tierra baja que comprende el istmo de Suez se estiende hácia el Oriente hasta la falda de las alturas en que se hallan colocadas Jerusalem y Nazareth, y hácia el Occidente, si exceptuamos algunos montecitos, puede decirse que se estiende al través del bajo Egipto hasta dentro del desierto de Sahara: aunque la naturaleza del terreno sea poco variada, la de sus productos y vegetacion lo es mucho. Primeramente la Palestina la constituye una rica llanura donde brotan en abundancia los olivos, los naranjos, las palmeras, y las higueras

de Berberia, etc. hasta Gaza, y aun hasta Caniounis. A partir de este punto, el terreno comienza á presentar montañuelas y areniscos hasta cerca de El-Archieh: allí el país viene á ser una mezcolanza de colinas cercas y llanuras, antrecortadas de dunas que producen una escasa vegetación. El camino desaparece á menudo bajo las arenas movedizas. Desde El-Archieh, que forma límite entre Asia y África, hasta el Delta ya no se vuelve á encontrar terreno cultivable; en todas direcciones no se distinguen mas que areniscos y malezas. Si se recorre ese desierto, á largos intervalos se encuentran pantanos que parecen estar mas bajos que el nivel del mar; el agua llega allí por infiltración, evapórase bajo la acción ardiente del sol, dejando cubierto el suelo de cortezas salitrosas, que reflejan los rayos del sol á lo lejos. Otros pantanos hay de arenas menos húmedas en cuyo fondo crecen palmeras, las que solo se distinguen cuando se llega al borde mismo de dichos pantanos. Acercándose uno al lago Ballah, que no es otra cosa, por decirlo así, que un hundimiento causado por el mar Mediterráneo que se estiende hasta una tercera parte de la anchura del istmo enfrente de Suez, los montañuelos de arena aparecen muy variados: tan lleno de accidentes está el camino, que se hace preciso á veces dar grandes rodeos á fin de hallar senderos por donde puedan transitar los camellos en que se acostumbra viajar por allí. Entre el lago de Ballah y Suez, en la travesía mas corta del istmo, encuentranse una humillación ó depresión del terreno entretejido de pantanos y areniscos cubiertos con capas de salitre como las anteriormente indicadas: dichos pantanos, asaz abundantes en aquel punto, son conocidos con el nombre de Lagunas Amargas: en esta depresión es en donde intentó abrir el canal de comunicación entre ambos mares, viniendo á terminar en el puerto de Suez como la poca profundidad de las aguas de dicho puerto no permite fundear en él los buques de alto bordo, será preciso practicar el canal hundándolo hasta dentro de la misma rada en que han de anclar los barcos. Si se prosigue por el lado del Delta, entonces los areniscos desaparecen gradualmente para dejar lugar al mas fértil llano del mundo.

Varias nivelaciones se han efectuado con objeto de la abertura del istmo de Suez. La primera, que fué practicada por los ingenieros agregados á la expedición de Egipto, da por resultado en el Mediterráneo una profundidad de 10 metros mas baja que el mar Rojo. La nivelación mas recientemente verificada por los ingenieros franceses encargados de las obras públicas en Egipto, bajo la dirección de M. Linant-hey, da por resultado una diferencia muy pequeña, ó demuestra mas bien el nivel de esas dos mares. En vista de esta contradicción, es natural buscar el modo de averiguar de parte de quién está el error. Según el informe publicado sobre este asunto por el ingeniero Le Pére, en su descripción del Egipto, el declive de la inundación entre el Cairo y el Mediterráneo es de 40 pies. Suponiendo regular dicha pendiente, la altura de la inundación en el lugar donde se introduce por el antiguo canal á Abhaceh, estaria 20 pies mas bajo que en el Cairo, estando dicho punto aproximadamente á una distancia intermedia del Mediterráneo ó del lago Menzaleh que guarda casi el mismo nivel; pero la inclinación del terreno entre el Cairo y Abhaceh no es solo de 20 pies, sino de 25, mientras que lo es tan solo de cuatro en la embocadura del mar: en efecto, esa mas rápida pendiente en la parte superior del Delta está puesta en razon, porque el agua, así como el suelo que ha formado al salir del estrecho valle del Nilo, debe precipitarse con mayor rapidez á medida que se ensancha mas su desembocadura perdiendo súbitamente su acción los canales.

En la relación de que llevamos hecha mención, el nivel de la baja mar en Suez resulta ser de 14 pies, 7^o inferior á la inundación en el Cairo; luego seria de 6 ó 8 grados superior á esa misma inundación á la entrada del canal en Abhaceh. No obstante, veamos siempre con presencia del informe en cuestion lo que ha demostrado el resultado de la inundación. «El dique de Ras-El-Ouad, que formaba la entrada del canal, habiendo sido roto, llegó el agua rápidamente hasta Santon Chayh Yeady (ó Elnádi), que dista solo sobre doce leguas del fondo del golfo Árabejo.» «Sin embargo, según la nivelación, dicho punto seria tan elevado como la alta mar en Suez, es decir, muy superior á la inundación en el sitio por donde penetra en las lagunas Amargas, y como quiera que debia elevarse mas todavía quedamos persuadidos que deberian de haber alcanzado el recinto mismo de las lagunas.»

Hé aquí otra observación que acusa también una pendiente hacia Suez. «Es muy probable que la afluencia periódica de las crecidas del Nilo en el seno de las lagunas Amargas por el Ouady ha debido formar y entretejer una corriente en direccion del canal, y esta plausible asercion explica las pequeñas humillaciones que no se hallan por otra parte razones suficientes, atendido el estado geológico del terreno.»

Ahora bien: si la experiencia señala sobre todo la longitud una corriente poseyendo á veces estruendosa velocidad, resultado de una declinación considerable desde la embocadura del Ouady hacia Suez, es evidente, teniendo en cuenta la altura de la inundación sobre el pri-

mer punto, que no puede haber una pendiente contraria de 20 pies entre esos dos puntos, como indica la nivelación. Por otra parte, parece muy plausible que el desarrollo de ese declive desde la entrada del Ouady hacia Suez, con corrientes rapidísimas, deben conducir las aguas á un punto tan bajo por lo menos como hacia el Mediterráneo, donde el desarrollo es menos largo, y no tiene sino la pendiente suave de un gran rio como el Nilo.

Por lo que llevamos manifestado se deduce que el error parece existir en el primer nivelamiento, error fácil de concebirse en las circunstancias difíciles que acompañaron dicho trabajo.

Para realizar la abertura del istmo siguiendo las lagunas Amargas, Timsah y Ballah, terminando en el Mediterráneo en vez del Nilo, cerca de Bubaste, como el antiguo canal, casi no tendrian sino un canal que practicar.

En la travesía de las lagunas Amargas se trataria únicamente de colocar las aguas de un modo permanente.

Rechemos ahora una rápida ojeada sobre los hechos históricos que hacen referencia al antiguo canal. Se atribuye la ejecucion de dicho canal á Tólis ó á Necos; Strabon cree que fué construido por Sesostris ó Sosisac segun la Escritura; pero M. Huet, obispo de Avranches, opina con mayor fundamento que este último no hizo sino componerle abundándole mas. Otros atribuyen dicha obra á su hijo ó nieto (probablemente todos tienen razon, porque dicho canal debe de haber necesitado frecuentes reparaciones). Según otra tradicion árabe, ese canal aparece remontarse á los tiempos de Abraham. Sea de ello lo que fuere, por ahí es por donde debió de pasar la flota de Salomon para dirigirse desde el mar Rojo al Mediterráneo, así como Menelao despues de la destruccion de Troya para ir á Ethiopia. Sin embargo, encontrándose interceptado nuevamente, Cleópatra se vió obligada á grandes espensas á mandar construir máquinas que trasportasen su flota por tierra. Mas adelante el emperador Trajano hizo tambien reparar ese canal, y le puso su nombre como anteriormente á él lo habia hecho Ptolomeo. El califa Omar hacia la última época del reinado de Heraclio dió el encargo á Amrou, hijo de Asius, de volver á abrir el canal obstruido por los areniscos. El califa Hako y otros despues lo hicieron aun mismo componer.

Si se fija la consideración en esas intermitencias de navegación en los tiempos mas remotos, así como en las sucesivas reparaciones mencionadas, mirándolas como hechos importantes, y si se reflexiona en fin en el total abandono de dicho canal; si por otra parte nos atenemos á la naturaleza arenosa del desierto del istmo de Suez, á sus montes de arena movediza á merced de los impetuosos vientos, cuyo poder está perfectamente justificado por la posición que ocupa el istmo entre mares, desiertos abrasadores y terrenos alternativamente aridos y húmedos; por último, si se repara en que las aguas del antiguo canal poseian e n todo una favorable corriente en la desembocadura, que no tendria el canal de ambos mares, ¿no parece evidente que la principal dificultad que se opone á la abertura del istmo de Suez, no ha de provenir de la diferencia del nivel de los mares, cuya libre comunicación habra podido hacer temer la somersion de los puertos del Mediterráneo, pero si mas bien la dificultad del entretenimiento de dicho canal en medio de semejante país, en que según varios geólogos los vientos impetuosos del Esla por sí solos parecen haber formado el mismo istmo acumulando las arenas de la Arabia en el brazo de mar preexistente?

A pesar de todo lo espuesto, hay que advertir que, en ciertos puntos como en las lagunas Amargas, esas capas de arena no se producen sino muy paulatinamente, y que con los poderosos auxilios con que cuenta la ciencia hoy dia las dificultades podrán allanarse mucho mas fácilmente que en los tiempos pasados de la antigüedad.

PEDRO DE PRAO Y TORRES.

Valladolid 9 de mayo de 1855.

EL AMOR COMO ELEMENTO DE ARTE,

CONSIDERADO

en la poesia lirico-erótica de los provenzales.

ARTÍCULO QUINTO.

Vamos analizando en la serie de artículos que bajo el epigrafe que los encabeza nos hemos propuesto escribir, los sentimientos ó ideas que forman el fondo de la literatura de los provenzales. En su dia examinaremos cumplidamente la forma. Mas al hablar de estos sentimientos en una manifestación especial y determinada, nos ha sido preciso para establecer la filiación necesaria, estender el círculo de nuestras investigaciones; y pasar de lo particular á lo general, de la práctica á la teoría, del hecho á la idea que lo motiva. De aquí el haber

abierta el último artículo con la teoría general de las dos clases de literaturas que reconocemos todas; la literatura vulgar y la literatura erudita; ó de otro modo, la romántica y la clásica. Dejamos consignado en este artículo que en el arte provenzal se encuentran esas dos clases de manifestaciones en que se funda la división que hacemos de las literaturas, porque es un arte completo en sus condiciones de existencia, é indicamos que la manifestación erudita no debe á nadie el conjunto de ideas que la constituyen, sino que nace de sí misma, tiene propia existencia por esa multitud de causas que concurren en la formación de toda literatura. Causas que no nos del momento enumerar una á una, que haremos esponiendo en el curso de este estudio, y algunas de las cuales, como las físicas, de clima y topografía, hemos apuntado ya. Nosotros hemos dicho: la manifestación erudita de la literatura provenzal, en los trovadores, no participa en nada de la manifestación erudita de la literatura árabe: nada ha tomado aquella de esta: solo un tanto la última vaga y lejana noticia de la existencia de la primera: ambas se parecen, como se parecen unas á otras todas las literaturas, como un hombre se parece á otro, por ciertos rasgos generales que están en la naturaleza humana de ambos: de eso á su identidad hay larguísima distancia. ¿Es esto cierto? Tal nos parece. Veámoslo. Los que asientan que la literatura árabe-española es madre de la literatura provenzal, fundándose para ello en la sucesión del tiempo, en que la una nace antes que la otra, y que esta hereda como es natural de aquella, como dicen que heredó la romana de la griega, suponen que camina el espíritu humano como las cabras de Sancho, unas tras otras. Admitido esto, se ofrece desde luego á los críticos literarios la ocasión de remontarse hasta el Paraíso terrenal para indagar el origen de cualquiera literatura. Razon á la verdad peregrina para explicar los orígenes de las cosas.

En España, antes que la literatura española, existe en el orden cronológico la literatura hispano-romana: luego la literatura española es hija de la latina: Séneca y Calpurnio, Marcial y Quevedo son hermanos carnales. En el imperio musulmán español existe una literatura, por cierto muy brillante y digna de ser tenida en cuenta por nosotros sus descendientes, como existe otra literatura en el imperio musulmán de Oriente con igual carácter en los siglos VIII, IX, X y XI. ¿Pero y qué tiene que ver esto con la literatura provenzal? Nada, absolutamente nada. ¿Y por qué? ¡Ah! Esa es precisamente la cuestión. Aquí nos toca decir aquello de la Sibila de Cumas:

Sed revocare gradum, superasque evadere ad auras
Hoc opus, hic labor est.

En responder satisfactoriamente á esta pregunta está el *busillis*, el *quid* de la dificultad, el *pudo gordiano* que es preciso deshacer y no cortar. Entre mil pruebas extenuadas, y por decirlo así objetivas y sensibles, y entre las que figuran en primer término las pruebas históricas, tema del actual y siguiente artículo, se nos ocurre una especial, sacada de la materia misma que nos ocupa, prueba intrínseca como dicen los retóricos, y que nos atrevemos á calificar de original, por no haberla ni visto ni oído en parte alguna. Quien haya analizado con algún detenimiento los elementos subjetivos que entran en la formación de la literatura árabe, y en general en todas las literaturas orientales, habrá descubierto al pronto que el sentimiento y la imaginación son las fuentes naturales y casi exclusivas de las creaciones que se manifiestan en estas literaturas.

Esas manifestaciones diversas, aunque análogas y unidas entre sí por un lazo común del entendimiento humano; esas múltiples ramificaciones que parten del tronco de nuestra alma y revelan de mil modos su existencia; eso que nosotros llamamos alternativamente inteligencia, razón, juicio, gusto, fuerza de concepción etc., etc., suele echarse de menos en las literaturas de que hablamos. Nada de particular tiene esto, si se considera que de todas las facultades de nuestra alma, la sensibilidad admite más pronto y fácil desarrollo, y si se atiende que en los países de gran vida y vejetación, cuales son los países orientales, las cosas morales é intelectuales se desarrollan á compás de las físicas, merced á una serie de causas topográficas, que no hay para qué enumerar, y que no solo activan y aceleran este desarrollo, sino que lo precipitan y arrebatan.

Se dice, y con verdad, que viven en Oriente los árboles y las plantas elevadísima y frágil estatura, y que el brillo de las flores es temprano y deslumbrador, aunque artificial y rápido; y se dice también que bajo un cielo siempre puro y un sol siempre fecundo y vivificador los hombres nacen todos poetas y todos ricos de sentimientos é imaginación. La vida de unos y otros es corta, aunque hermosa y brillante; es el tránsito del melicoro durante una noche de tempestad. Mas esa elevada y temprana estatura de los árboles y de las plantas, ese brillo artificial y rápido de las flores, ese crecer arrebatado del entendimiento humano, son señales inequívocas de debilidad é impotencia. Una elevada estatura es segura indicio de debilidad intelectual.

Y en verdad que si. El precipitado desarrollo de la inteligencia

humana, análogo en Oriente al de los seres físicos, se convierte todo y desde luego en una fuerza especial, la fuerza del sentimiento; fuerza que fecunda la imaginación y la desarrolla á su vez, y que concentra y absorbe en sí todas las demás del hombre. Mas esta fuerza, que no se oirá que la poética, comparada con la que resulta de la unión de las demás fuerzas intelectuales que analizamos de enumerar, y cuya acción apenas se nota en las literaturas orientales, mas que fuerza real y efectiva, es impotencia manifiesta, señalada debilidad. La robustez de una concepción humana, sea cual fuere, depende del justo equilibrio de las fuerzas que la producen: y por consiguiente, cuando este equilibrio está roto, todo lo que una de ellas se lleva, es en perjuicio de la otra, y nunca podrá contrarrestar la que queda en disminución á la que recibe el aumento. Nunca por lo tanto podrá influir la fuerza vencida sobre la vencedora. Esto mismo há lugar en las literaturas de Oriente. En ellas nunca se encuentra ese equilibrio necesario de las fuerzas, y si se halla con lamentable frecuencia el predominio de una sola, de la imaginación, que ya hemos dicho originada por una excrecencia de sentimiento.

Y si esto es cierto; si nosotros no nos negamos á reconocer que en el orden físico como en el moral é intelectual, no temprano é injustificado desarrollo es indicio de debilidad de existencia y presagio de muerte; si lo es también que las manifestaciones de semejante desarrollo, aunque ricas y esplendorosas, serán frágiles, impotentes y enfermizas, ¿cómo pretender que estas manifestaciones efímeras, cual relámpago que cruza el horizonte, ejerzan su acción, ora próxima, ora lejana, sobre otras manifestaciones del espíritu humano? ¿Cómo pretender que una fuerza intelectual sola, aislada, independiente, cual es en estas literaturas la fuerza del sentimiento individual, de la imaginación fecunda, pero libre, caprichosa, fantástica; cómo pretender que esta fuerza obré sobre otras mentes de un modo tan sostenido y eficaz como la fuerza, por decirlo así, resultante de la concentración en una sola de las demás fuerzas intelectuales? ¿Una literatura que nace en un suelo especial como todas las literaturas, que vive como las plantas de la sávia que este encierra en su seno, que aspira su aire y bebe su luz, y crece y se desarrolla con los rayos de su sol, ó opaque ó brillante, y que además tiene tal carácter de sucesión rápida, insegura y vacilante, que no le permite dar á sus producciones el tiempo de aclararse, de purificarse al crisol de la crítica y constituir un cuerpo de doctrina; una literatura que camina caprichosa á merced del primer viento sentimental que sopla, del primer vuelo que toma una imaginación fecunda sí, pero libre y desenfrenada; que corre ligera y esbelta como la gacela que vaga por el desierto, y se pierde en los mil curules de un inmenso laberinto, y nunca se posa para descansar; una literatura que tan voluble y coqueta existencia atraviesa; que forma su miel de las variadas flores que orcan su pensil, ¿qué influencia puede ejercer sobre cualquier otra literatura? Ninguna. Su misma rapidez de sucesión, su misma variedad de movimientos, hará si que cree géneros nuevos y análogos á su carácter é inclinaciones, y especialmente al desarrollo limitado que en ella adquiere la inteligencia; por ejemplo, la *adábala*, el cuento, la parábola, la fábula ó apólogo etc., etc. Y la natural tendencia que tiene el hombre á servirse de ajeno como de propios elementos para su trabajo de progresión intelectual, hará también que procure asimilárselos por medio de la imitación. Pero de esto á decir que esa literatura tiene fuerza y virtud bastante para influir sobre otra y estamparse en ella como sobre una piedra litográfica hay gran de, inmensa distancia que nosotros no queremos salvar.

Y esta es precisamente la inmensa distancia racional y filosófica que salvan los que arbitrariamente aseguran que en la literatura provenzal, como en verso loma veneciana, se refleja limpia y hermosa la brillante imagen de la literatura de los árabes. Nosotros antes que se nos escabulliese en medio de las mil ideas que en apoyo de nuestra opinión, contraría á toda influencia y reflejo recíprocos de las literaturas, bullen en nuestra mente, hemos querido apuntar esta y dejarla terminantemente consignada. En caso de admitir influencias, como é la cual no nos hallamos de ningún modo inclinados, no sería seguramente la de la literatura oriental la que nosotros admitiríamos.

Pasemos ahora á las razones puramente históricas. Fijémonos, que ya es tiempo, en el imperio musulmán español. Veamos cuál es su estado político, cuál su estado literario, cuál su estado moral, y sobre todo estamezamos felices, deslindemos los tiempos, aclaremos las circunstancias, y procuremos indagar si existió, como se ha supuesto, entre los árabes de España y los trovadores de Provenza esa serie de relaciones íntimas y continuadas, origen de las influencias literarias de los primeros sobre los segundos. Dos hace á períodos distintos nos ofrece la literatura árabe-española. Hállase comprendida la primera faz entre Abderraman I, primer fundador de la dinastía Ben-Omeya en el suelo de Andalucía, y el ilustre Almanzor, en el verdadero cénit del decayente imperio de Hixem III, y corren los sucesos que alreza

este período entre los años 756 y 1002. El tiempo que media entre 1240 y 1492, es decir, entre la fundación del reino de Granada por la reunión en uno sólo de los restos dispersos del imperio musulmán, y la toma de esta ciudad por los reyes católicos, constituyen el segundo período de la literatura hispano-árabe, que llamaremos literatura árabe-granadina, como pudiéramos llamar á la otra literatura árabe-cordovesa.

Háxim I, Abderraman II, Abderraman III el grande, Alhaken II, y el bizarro Almanzor, descendientes todos menos el ministro de Háxim III de la gloriosa dinastía de los Omníadas de Oriente, que habiéndolo catorce califas al imperio, son los príncipes cuya gran significación moral, religiosa, política, y literaria, y artista constituye y resume en sí la civilización hispano-musulmana.

Cómo se desarrolla esta civilización, con qué elementos y cuál es en particular el estado de las letras árabíes bajo los reinados de los príncipes cuya dinastía Bani-Omeya se extiende al través de los siglos VIII, IX, X y primeros años del siglo XI, es lo que diremos después. Lo que ahora nos importa dejar señalados, que mal podían existir esas pretendidas relaciones internacionales entre dos países tan distantes uno de otro, y en los malos siglos de la edad media, en esos penosos y difíciles siglos que la historia ha calificado de siglos de hierro. Nosotros convenimos en que si hubiese habido en aquella época telégrafos aereos-eléctricos, podían haberse mutuamente comunicado estos pueblos sus recíprocas ideas. Mas no existiendo por desgracia tan fácil medio de comunicar simpatías y antipatías internacionales, claro es que cada uno de ambos pueblos debió permanecer tranquilo en sus hogares: y la importancia de esta observación sube de punto considerando, por medio de la historia, cuán malos eran los tiempos que á la sazón corrian para provenzales y españoles cristianos, que no hallaban á la sazón otra acogida por parte del desapiadado musulmán que la poco benévola que las hacia la cimitarra pendiente á su cintura.

Esto lo decimos nosotros por primera vez, y deseamos que se tenga muy en cuenta para lo sucesivo: resuelve de un golpe la cuestión de las influencias internacionales. Mas nos cansamos en valde, y perdemos, como decirse suele, pólvora en salvas. ¿Son costumbres ambas literaturas en su primer período? No seguramente.

Indica Mr. Bayanard, y las palabras de este sabio crítico francés nos merecen el concepto de evangélicas, menos en lo que se refiere á nosotros los españoles, que el primer indico científico, el primer monumento escrito de la literatura provenzal, es un poema que lleva la fecha de los primeros días del siglo XI, del año 1001. Ningun documento anterior á este poema se nos aparece en la literatura de que hablamos.

(Continuará.)

ANTONIO DE AQUINO.

LA CORTE DEL ALMIRANTE.

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

POR D. VENTURA GARCÍA SAGORZA.

LIBRO PRIMERO.

CAPÍTULO XI.

LOS MONJES DE NAVALLANA.

Bueno será que á fuer de diábolos, nos abstengamos por ahora de seguir la pista á nuestros dos personajes, y que desliziándonos por los vientos, á falta de II pégriros y Pegasos, vayamos á dar con el cuerpo y alma de los que seguíamos quisieron al fin de un solitario vallecito, en la confluencia de las vertientes de unas húmedas colinas, parte de las cuales forman la cordillera de alcóres, que corta este país de E. á O., y que desahunda con flexibles ondulaciones desde las elevadas campiñas de Villalva y Montealegre. Una vez asentada la planta en aquellas silenciosas praderías salpicadas de morales é higueras, con sendas grupos de agrillos, besnos y otros árboles silvestres, entre cuyos concavos intervalos sepa un esportado riachuelo, cuyo nombre de seguro no conocemos. Estrabon ni Platonio, bebido con sus abandonadas lútes ciertas pócimas de gotitas apuriscunas; una vez aquí, repetimos, nada más fácil que encaramos á despegar al pié de unos altos y barbuqueños muros, en tanto que solomas y no distantes campanas hacen en el tándio de la gracia por los penales del Purgatorio. El sitio tiene algo de agreste y misterioso. Las sombras de la noche le prestan una su incompleta oscuridad cierta perspectiva de vaga y poderosa imprecisión. Allí no se experimenta el frío de desierto, ni la payura de

peligro. Tiene aquella soledad una influencia íntima y dulcemente severa, que infunde al par respeto y confianza, que hace una mezcla de pavor en los sentidos y de sentimiento en el ánimo. Luego esos acentos tan sentidos y profundos del acompasado bronce, que parecen evocarlos del fondo de las tinieblas, y que espiran en los aires como un lamento incomprensible de la soledad, contribuyen á crear en la conmovida fantasía esas imágenes de vapor y arcano, que aprendemos con los cuentos de la niñez, que nunca mas se borran del espíritu, y que al impulso del sentimiento toman múltiples formas en nuestras horas de abandono é idealidad.

A poco que el viajero sentado sobre el marchito césped se hubiera entregado á esta ó semejante contemplación, según la mas ó menos poesía de su espíritu y la mayor ó menor delicadeza de su organización para las impresiones, habria salido del arrobamiento al ruido que por una de las sendas venian haciendo los impudentes pasos de poderosos mulo, en cuyos lomos caballero se contoneaba un reverendo padre de la lucilla y cisterciense orden, si no miente la visual. Calado hasta las cejas el espeso capuz, y envuelto en su anchá y tapida hópalanda, no tardó en llegar á la maciza y terrada barrera del pórtico, anunciado por el rumor desapacible que su bestia levantaba al sentar el vigoroso callo sobre las hojas secas que entapiraban el valle cual móvil y tristísimo sudario de la naturaleza inerte y desolada. Dos ó tres palabras articuladas en determinado sitio de la puerta y con tono muy bajo y expresivo fueron la fuerza mágica que franqueó aquel encantado rastrollo, que se volvió á cerrar sin ruido ni violencia detrás del recien llegado. El observador habrá creído probablemente que esto no es de todo punto natural, y que quien así llega y se anuncia y se introduce es algo menos que dueño de aquella sombría morada y algo mas que huésped de su incógnito propietario y habitador.

Y cuando vea por distinta vereda entrar en el valle otro hijo de San Bernardo, guste en un bien trazado mozcillo, cuyas inflamadas narices y descompuesto trote anuncian que no ha caminado á espaldas ni á placer, cuando le vea junto al postigo del riachuelo contener el ardiente aire de su cabalgadura; cuando le oiga murmurar iguales sonidos, y le mire representar idéntica pantomima, y le perciba entrar como el anterior... entonces podrá bien ser que nuestro caminante crea que aquel vasto edificio es un convento, y que aquellos frailes son hermanos en Cristo que acaso salieran sin el *benedictus* del intolérable prelado, y torran sin ser vistos ni oídos á la hora del simpático y edificante *de profundis*.

Algun escolor pudiera moverse en la mente del observador, alguna duda dejar en su conciencia contra el último género, la circunstancia del resuelto y airoso jaco, y una cosa á modo de prolija espada que imaginó ver asomar por bajo del espeso y flotante ropaje. Sin embargo, los tiempos corrian tan trocados y azarosos, que bien podia el monje trocar la pasanda mula por el autómato cordobés y llevar consigo en vez de tendiciones para conjurar los malos, una buena pieza de Toledo, con que defender la salud del cuerpo, para no arriesgar la del alma en algun mal encuentro con diablos de carne y hueso, de espinfarga y brilleston.

Aun con esta benévola interpretación hubiera podido pasar el caso por bueno y santo, si por uno de los ángulos de la cerca no desembocase otra sombra del mismo talante y monástica decoreación, más con la inminente diferencia de que al volver la brida con demasiada rapidez, murmuró un «cuerpo de Dios!» llenó de bizarro desembarazo, sin duda porque su formidable potro puso mal una mano, y le hizo rozar contra el esquinazo la sintesta rótula, que halló demasiado dura la silberia puesta en contacto de su no reducida humanidad.

Esta incalculable serie de nocturnos viandantes era para dar fondo á la paciencia mas copiosa. Nuestro amigo, que no la tenía muy evangélica, echó al traste lo poco que restábase de ella, y pliédo á Marribanca su poderoso auxilio, se halló como llovida del cielo una estúpida cogulla, debida sin duda á la protección y blando pecho de la Proto-bruja de Barahona y del Naranjal. Calose al punto aquel vastísimo receptáculo de anacorete, y acercándose á la imponente puerta, no halló á tiempo de oír las misteriosas frases que domoñaban al desconocido Cerbero, pronunciadas por el prójimo del juramento, con mas entonacion y menor cautela de las que parecían requerir el caso. «*Abatire á los soberbios y ensalzare á los humildes.*» dejó articular el ahijado de la archi-maya en mediano latín, y después á poco rato y en castizo romance: «*Padilla y Girón por Castilla y Leon.*» Y el mal humorado platinante desapareció con ímpetu por bajo del cancel, sin cuidarse siquiera de volver la vista en torno de sí.

Ahora pues, nosotros tambien tomaremos el hábito de Claraval, y á la par de nuestra viajero llegaremos al duquel y pronunciaremos con voz grave y semi-tónica: «*Abatire á los soberbios, y ensalzare á los humildes.*» Y como de la parte interna nos responde un acento pausado y confuso: «*Padilla y Girón...*» concluyamos la frase inmediatamente «*por Castilla y Leon.*» El postigo cede; un fraile nos pone un puñal al pecho, y busea á la luz de una linterna sorda en nuestro ca-

pasayo cierto signo que la protectora bruja venturosamente había curado de colocar en él.—Y hétenos aquí ya dentro de un acahuoso patio sombrío y silencioso, circuido de altas paredes, en una de las cuales el débil resplandor de confusa lámpara determina cierta poterna ojival, sobre la que desemboca un estrecho y dilatado pasadizo. Entráremos en él como único punto de dirección, y á su dudoso término hallaremos mezquina escalera, que ascendiendo en incómodos tramos, evacúa sobre elevada meseta. Allí dos encapuchados hermanos vendan nuestros ojos, y por la mano con nail curvas y rombóides condúcenos, sin decir esta boca es mía y á su entera disposición y albedrío. Por fin arrancan la tupida venda, y encontramos ante nosotros una excelente cámara, que desde el punto dejó percibir la opulencia y refinamiento monacal. Sorprendidos del espectáculo nos acercamos entre un alfitejar cubierto de rica tapicería flamenga, y desde aquí observaremos lo que pasa y ha de pasar en la escena, que la suerte entrega á nuestra curiosidad, puesto que no nos tocó, ni deseamos en ella mas aventajado papel.

—¿Cómo que tardan D. Pedro Lasso, Alonso de Vera y el personero D. Pedro Gilón!

Estas fueron las primeras palabras que escuchamos desde nuestro observatorio, y fueron pronunciadas por uno de los encogullados que ocupaban la estancia, y que no tenía grandes trazas de monástico y arrepetido siervo.

—Aun no hace media hora que sonaron las ánimas, y no hay por qué impacientarse, caballero Avslos.

Tal fué la respuesta de un anciano religioso, que sentado tranquilamente á una maciza mesa, hojeaba unos mamotreos que por ella estaban entre otros varios esparcidos.

—Sin embargo, repuso cierto mozo de bizarro mostacho y fulminante mirada, fíjese de temerse de un momento á otro en estos turbados días, reverendo y carísimo padre abad.

—Tened confianza en el Dios que protege las buenas causas, señor de Padilla, y recordad que la nuestra está escrita en el cielo y sellada con la cruz.

—No olvidéis empero que estamos muy cerca del almirante, y que suelen sus corredores merodear por éstos pueblos. ¿Sería donoso que nuestros amigos hubiesen venido á dar con algunos de esos bandidos con patente imperial!

Quien con tanto enfado se explicaba era sin duda el Hércules caballero del potro cuatralbo, que con tanto gracejo se daba al diablo en su arribo á las cercas del monasterio.

El alcaide se dará por muy servido en que lo dejemos rezar kliras y rater noster.

—Y maquinando como un engruñento, querido Hernando, repuso el bizarro joven, á quien con tanto miramiento habló antes el abad. No conocéis á ese viejo, con piel de cordero y corazón de tierra.

—Yo mas bien le miro como un enorme zorro, con uñas de cernicabo y plumas de avestruz.

Unisona y espontánea carejada siguió á esta pintoresca descripción en casi todos los que allí departían variados y ardientes coloquios.

El abad, no obstante, mantúvose cuando menos indiferente.

Y Padilla tampoco se manifestó susceptible á la jovialidad de sus alegres y poco aprensivos compañeros.

Aproximóse á la mesa del prelado y entabló con él particular y grave diálogo.

A su vez los mas jóvenes de aquel misterioso ayuntamiento hicieron círculo, como si estuviesen en el mas festivo y seguro estrado.

—Oyes, Guzman, decía uno de ellos con malicioso donaire, ¿sabes que si tiras por la iglesia tienes talento de episcopo?

—¿Sándhol ¡no ves que la espada se le está escapando por bajo de los sayales, y que aquella enlutada niña no ha nacido para velar su talle con el adusto y tenebroso monjil?

—Sí, sí... andaos con escrúpulos de besto azustadizo, amigo Montoya!... Como si no hubiera capisayos ceñidos con tahali y hópalandas que se aproximan á los briales profanos con mas énfasis que á las gradas del facistol!...

—Ya escampa, y diluvian guijarros!... Tengo de recomendaros, amados manchosa, al M. R. obispo Rojas, y al no menos edificante Fr. Antonio para la primera plaza vacante en el potro del Santo Oficio.

—¡Hola... hola!... ¿También tú sabes algun capítulo de la crónica del Venerable?

—No mucho; pero lo bastante para escribir unas endechas que lo hagan conocido y honrado desde la frente hasta los pechos.

—Dix que el padrecito es travieso y quebradizo, y que no tiene todo lo de San Antonio.

—¡Bah!... En punto á tentaciones puede dar quinta y rayá al santo por el otro.

—¡Pobre estúpido! El siempre espiritándose en ternezas con los ojos del novicio, mientras el amado siervo... pero me olvidaba del abad, que si me oye, me teta una paulina á candela quemada.

—En esa parte creo que el astuto coronista de las imperiales fechorías gasta la pólvora en salvas.

—Por supuesto. Doña Ana prefiere los mostachos y las botas de cuero al cerquillo y las sandalias.

—Hay quien opina no ha olvidado ciertos y muy históricos amores de sus primeras mocedades.

—¿Qué sé yo!... El frailecito es mozo de punta... y Dios nos libre!...

—Cuando te digo, Montoya, que la condesa tiene mas que pensar que en los anfibios galanteos de su paternidad... Solamente una vez lo he visto; pero desde luego afirmo que hay algo extraordinario y misterioso en aquella mujer.

—Se cuentan de ella tantas y tan singulares circunstancias!...

—Hay alguien que intenta punto menos que canonizarla en vida.

—Sí!... reza el calvario, y se confiesa por semana, y funda conventos á destajo... mas el hábito no hace al monje.

—Otros en catabio la miran como una especie de Sibila, como un ser incomprendible, cual sombra perdida entre una atmósfera de misterio y de vapor sombrío y desconocido.

—Ciertamente: hay en su belleza cierto sello extraño, cierto colorido que no es comun en el mundo, y que inspira un no sé qué en el alma semejante al influjo de fatídica fascinación.

—Nuestro amigo D. Pedro pudiera decirnos algo sobre el particular.

—Mas acaso de lo que él hubiera podido apetecer. ¡Pobre duque!...

—Por cierto que ya es raro no se hulla entre nosotros!

—En Tordehumos permanecía hoy.

—Bien: de allí á Matallana son cuatro leguas de páramo; y D. Pedro tiene buenos caballos y mejores espuelas.

—Y un génio como el relámpago.

—Debiera pues estar aquí.

—Su ausencia es una circunstancia de gravedad.

—Descuidemos. No dejará de haber á todo trance razon suya por mal ó por bien.

La puerta de la estancia se abrió rápidamente, y apareció tras el tapiz, descorrido por vigorosa mano, un caballero armado en cuyo pecho se ostenta el blasonado escudo de Giron.

Todos los circunstancias se fijaron en el recién llegado.

—¡El conde!... exclamaron Padilla y Fr. Pablo, con uniforme movimiento.

—¡El conde de Urueñal!... repitieron á coro los demás interlocutores.

Esta aparición parecia la respuesta á la profética frase que aun susurraba por las bóvedas de la celda.

—El conde!... repitió el anciano, y se adelantó con paso firme y noble continente hasta el centro de la cámara.

El reloj del monasterio marcó la media noche con lentas y pavorosas campanadas.

(Continuará.)

EL AMOR.

DIFERENTES MANERAS DE CONSIDERARLO.

Hay quien llama al amorizo que corre aprehivamente, y hay quien le llama torcido como los mares bravos. Si uno llaman le nombre, otro le llama angel bueno; si este lo acompaña al cielo, aquel de Dios á la gloria. Y así el fue el torcido amor, angel, demonio, luz, vida, fuente, perla, mar, consuelo, llanto, aroma, brisa, flor.

M. Raffinó Murguía // *Ilustr.* — *Vista* rusa de gran nombre.

¡Oh tú, tierno amor, niño mimado de los dioses, hijo de la reina de la hermosura, señor despótico del universo, nieto de la espuma del mar, héroe forzoso de todo poema, tema obligado de toda conversacion entre jóvenes, condicion precisa de los enredos, situaciones y desenlaces cómicos y dramáticos! ¡Oh tú, en cuyos siltares está continuamente quemando incienso y depositando ricas ofrendas la mas bella mitad del género humano! perdóname si en este momento me atrevo á hablarte sin miramiento alguno, y no castigues mi osadía hiriendo mi corazón con una de esas agudas flechas con que te encuentras armado, las cuales lanzas sonriéndote como gozoso de los males que haces sentir.

Grande es tu poder, oh amor! Por tí el poeta bucólico desea pasar la vida tendido á la margen del arroyo, viendo bailar á las pastoras y pacer á los ganados; por tí, el escritor romántico, por dichoso que sea, pretende encucnarse; por tí, el filósofo mas cristiano se olvida de

morsalzar; por tí, el viejo octogenario se pone peluca y murmura dulces requiebros; y lo que es más todavía, por tí el matemático profundo se distrae de sus cálculos, siendo capaz de confundir la base de un prisma con la cuspide de una pirámide. ¡Oh dulce amor! por tí la mujer se malgasta su vida en salí horas diarias de tocador, pretendiendo después engañarte con la hermosura del harnia que ha derramado en su rostro; por tí, la vieja repugnante luce unos negros y seducos cabellos; una dentadura de marfil, un cuerpo esbelto y un cutis del color de la nieve con ribetes de amapola; por tí, la hermosa jóven se vuelve coqueta y presuntuosa, y arruina á su familia con el afán de lucir ricos trajes; por tí, el mas eminente político desciende de su sillón ministerial para convertirse en un elegante pollo; y por tí, finalmente, el diputado á Cortes olvida sus mejores discursos, el estudiante arroja con desden los libros, el empleado mas exacto llega tarde á la oficina, el periodista escribe un artículo ministerial creyendo hacerlo de oposición, la mujer mas casta olvida sus deberes de madre y esposa; y todos, todos los miserables mortales bajo el dominio del niño avaro olvidan sus diarias tareas, sienten trastornado el cerebro, y ofrecen al hombre indiferente que se rie contemplándolos, el espectáculo del ridículo por el lado más sublime. El amor y el dinero son los únicos móviles del hombre; si bien es cierto que solamente con palabras tan poderosas podría removerse ese monstruoso pedazo de materia organizada que se llama sociedad.

¡Oh niño hermoso! muchas son tus malas cualidades! Tú engendras la discordia en el seno de las familias; tú enciendes la pasión de los celos, tú haces perder la paciencia y ganar una pulmonía al jóven que aguarda en una noche de enero la hora de la cita; tú obligas á vivir en continua alarma al infeliz esposo; tú das valor á la mas virtuosa doncella para huir con el amante de la casa paterna; y tú, en fin, conviertes en estúpido á todo el que tiene la desgracia de caer en tu poder, pues al pintarte con la venda en los ojos han querido representar en tí el emblema de la ciega ignorancia en su grado mas heróico.

Pero ya basta, dulce Cupido; escucha á los hombres, y reflexiona sobre los diferentes juicios que han formado de tí.

Aquel jóven alto y delgado, de ojos azules y larga cabellera, vestido de luto, que va fumando desdeñosamente un cigarrillo de papel, y se detiene á cada momento para dirigir al cielo una de sus mas expresivas miradas, es un poeta romántico que está pensando de tí lo siguiente:

«¡Amor! ¡Sentimiento sublime que eleva al hombre á la altura de la divinidad! ¡Lazo indisoluble con que se unen dos almas grandes! ¡Oh amor, guía de los hechos heróicos, tu imperio durará eternamente! El no puede morir mientras existan en el universo seres nobles.»

Aquel otro que va marchando paulatinamente, vestido con todos los colores del iris, sonriendo dulcemente, y que lleva las dos manos cruzadas sobre su abultado vientre, mientras que brilla en un ojo de su larga levita una guirnalda de variadas flores, es un poeta bucólico que va hablando de tí de esta manera:

«¡Amor! ¡Dulce sentimiento que recrea el alma abatida! Él es bello como el sol que nos le aspara, caprichoso en sus gustos como un niñoruiseño y juguetón, como una pastora inocente, blando y apacible como el manso runce de la arboledal; ¡Amor! Paro y sosegado arroyo á cuya margen descanza el hombre fatigado, volviendo á seguir después el sendero de la vida, mas alegre y mas dichoso por haber bebido de sus aguas y haber gozado del perfume y frescura que las auras esparcen por sus orillas.»

Aquel jovenito, vestido con la mayor elegancia, que va aspirando grandes bocanadas de humo de un magnífico cigarrillo de Kenton y superior, y lleva sobre su nariz unos elegantes lentes, mientras que brilla en sus labios una sonrisa irónica, jóven presumido que va mirando sin cesar sus bonas charoladas y azotando su pantalón con el delgado junquillo que le sirve de bastón, en tanto que hace todo lo posible por retorcerse el bozo á que él llama bigote, ese es un escéptico que va murmurando de tí de este modo:

«¡Amor! Palabra que de nada sirve, puesto que representa lo que jamás ha existido. Felices los que como yo han tocado el desencanto de esa quimera! Dame una mujer tan ardiente como Saffo, tan hermosa como Elena, tan constante como Lucrecia, y ni aun lograré conocerlos. ¡Creeis, almas cándidas, que en el mundo pueden unirse dos seres sin otros lazos mas que los de la simpatía! ¡Imbéciles! Solo un sentimiento existe que es el del egoismo. Ese es el único vínculo con que se encuentra ligada la especie humana, vínculo que será tan duradero como el mundo.»

Aquel personaje de cincuenta años de edad, con cara de comerciante y aspecto bondadoso, que lleva en la mano un grueso bastón de caña de Indias y gasta peluca, es todo lo que se llama un hombre de mundo. Hé aqui lo que va diciendo de tí:

«¡Amor! Bonita palabra de la que un hombre de talento puede sacar mucho partido. El amor es sin disputa uno de los mejores medios

de hacer fortuna. ¡Amor! Dótrado juguete que se arroja á los pies de algun lonto para engañarte y entretenerle y poder sacar de él el partido que se desea.»

Ya ves, oh caro amor, las diferentes opiniones que han formado de tí los hombres. Si quieres saber la mia, yo te diré que te aprecio y respeto, porque tú eres el fundamento de los planes literarios, y porque sin tí no podrían existir ni las comedias, ni los poemas, ni las novelas, ni aun siquiera las zarzuelas españolas y vaudevilles franceses. ¡Oh amor! sin tí ningun país tendría literatura.

Por lo que hace el profesar tierno y sublime afecto á las lindas jóvenes, es perder el tiempo lastimosamente. Téngase siempre presente, como yo la he tenido, esta máxima de cuya veracidad no puede dudarse, puesto que es de una mujer hábil, conocedora de las flaquezas de la hermosa mitad del género humano.

«Las mujeres se sirven del amor por cálculo, como de una moneda universal para comprar el fausto, el lujo, los placeres... Pero si hay alguna vez dos seres capaces de sentir un amor verdadero, ó no se encuentran nunca, ó se encuentran en la vida colocados de uno en dos; separados para siempre cada uno por otra persona intermedia, y en su defecto por las leyes de la sociedad, que hace consistir la virtud en las aparéncias; que no condena á la mujer que se vende por vanidad al hombre que compra por capricho; que abuelca las uniones culpables en que no toma parte el corazón; que no consiente jamás el lazo divino de dos almas puras, creadas para amarse, separadas por las preocupaciones del mundo.»

VICENTE RODRIGUEZ VARO.

ULRICO DE ANDUZ.

En uno de los últimos dias del mes de octubre del año pasado comí en la fonda del Luxemburgo, en Nimes, con un amigo que me contó muy estensamente las aventuras de su compatriota Ulrico de Anduz. Vinóseme aquella narración á la memoria una tarde de estas, en el boulevard Italiano, porque hacia mucho calor, y nuestros elegantes del café de Paris regaban áirosamente el suelo con garrafas heladas á 20 gr. por bajo de cero.

Ni el calor ni el regalo tienen que ver nada con mi cuento; pero la memoria necesita de estas traquinillas para ponerse en juego. Mi historia es histórica, contra la costumbre de las historias. ¿Qué mas quisiera yo que haberla inventado? ¡Felices los que inventan, pues de ellos es el reino de la mentira!

A la sombra de los hermosos árboles de la Fontaine, ese delicioso paseo que Nimes vendería á Paris en cien millones, si Paris pudiera comprárselo, en una fresca tarde, al ponerse el primer sol de junio en el horizonte del Bódano, algunas familias de ricos bojaranes bajaban libremente delante de los baños de Diana, solitaria ruina embalsamada de romanos perfumes. Dos jóvenes conversaban entre sí separados de una reunion de señoras, á la que al parecer pertenecian. Llamábase el uno Ulrico de Anduz, y el otro Durand, como casi todos los de Nimes.

Ulrico de Anduz, natural de las Cevenas, habia recibido una educación de esas que llamamos incompletas; no habia conocido nunca el colegio real, ni pagado á la universidad su infantil tributo. Educado en la mansion paterna por un profesor complaciente, recibió sus lecciones á orillas de los arroyuelos y bajo las encinas de los bosques. Al cumplir los diez y seis años el jóven estudiante, hizo el profesor su destino en manos de M. Anduz padre. Aprovechó Ulrico los ratos de ocio para entregarse á estudios solitarios que servian de embalsamo á sus oídos. Leyó mucho y meditó profundamente. A los veinticuatro años de edad, dueño ya de la herencia paterna, resolvió abandonar sus montañas para conocer las ciudades, y entró por primera vez en la sociedad con un corazón nuevo, una independencia de montañas, un tesoro de pasiones vagas, una educación ruda barnizada con la lectura de los poetas, un alma generosa y noble en un cuerpo bien esculpido. Hallándole encontrado en Nimes su maestro, le dijo: «Eres un buen mozo, hijo mio; sed manso y estudia versos.»

—Con que te has casado? decía Durand á Ulrico; te doy la enhorabuena...

—No; pero me casaré dentro de ocho dias; respondió Ulrico.

—Parece que has suspirado.

—¿Qué, amigo! mio es mi costumbre; yo suspiro siempre. ¿Qué quieres? un matrimonio es un negocio. Hoy hemos estado en casa del notario.

—Los preliminares del matrimonio son divertidos, ¿no es verdad?

—¿Qué preliminares?

—Rombo, el notario, las rompas, los regalos, las amonestaciones... ¿qué se yo!

—¡Ah! sí: todo eso es muy divertido; cuatro horas vos ha tenido el

notario delante de su bufete, y al fin no hemos podido firmar hoy el contrato; faltaba un documento: siempre falta un documento! El suegro es un antiguo fabricante forrado en bagana como su libro de caja; hombre millonario, que mueve un pleito por veinte reales; porque la cuenta es cueca, dice él; yo por mi parte tengo la hacienda de San Hipólito, que no está libre, según dicen de sus hipotecas legales: tres horas me han estado rompiendo con la palabra hipotecas este año derecho que presté al notario para economizar el izquierdo. Hipotecas! Hipotecas! He enviado un correo á San Hipólito para pedir á la contaduría un certificado de descargo. Mi suegro el señor Chartoux no quiere hacer nada hasta que venga ese papel. Qué diablos! Él sabe muy bien que tengo treinta mil francos de renta; y además, señor, yo no le pido nada para su hija: él es el que se obstina en quererme dar cien mil francos. Que guarde sus cien mil francos y que me dé á Myrrha.

—Con que se llama Myrrha tu futura?

—Se llama Margarita; pero es un nombre que no se acaba nunca; se queda uno sin respiración para pronunciarlo. Yo la he bautizado con el de Myrrha, que es la Margarita de los lablónos. El diablo cargue con los suegros, las suegras y los notarios! Esas gentes derraman la nieve á cantaras sobre todas las cosas de este mundo. ¿Te figuras tú cómo estará yo delante de esa colección de momias, yo, el hombre de la pasión desinteresada, el artista, el loco, si se quiere, que no busca en la mujer mas que á la mujer misma? Yo que no he pedido al matrimonio sino una larga cita en que poder hablar de amor con seguridad y sin ver sobre mi cabeza todas las espadas de Damocles que suspenden la intriga sobre la cabeza de los enamorados. Al lado de mi diosa, amor todo y poesía, pendiente el alma del bordado de su vestido, de los rizos de sus cabellos, afilabi! me grita ese suegro; venga el certificado de las hipotecas legales. Es como si el polo se me viniese encima.

—Pues bien, querido Ulrico, ¿tienes mas que dar ese certificado?

—Sí; eres una pura prosa; no hay mas que darlo; eso está pronto dicho; ¿pero tú no conoces el desencanto que hay en el fondo?

—No.

—¡Tanto mejor!... ¡Oh! mírala cual pasa delante de nosotros Myrrha, cuál se desliza como un rayo de sol! Qué gracioso es ese cual de tal sobre sus hombros! Qué dulce el sonido de su voz que lánguidamente derrama por los aires, para que yo la recoja en mis labios! Ah! déjame que la siga; que ponga mi planta en la huella que ha dejado la suya, que beba el aire que ha respirado en boca. Quiero besar esas ramas que tiemblan todavía con una cartela de sus dedos; quiero espirar de placer en ese rastro que va dejando en la atmósfera, y que ha embalsamado su virginal aliento! ¡Qué tarde tan deliciosa! Esas bellas ruinas, esas galerías subterráneas llenas de sombra y de agua viva, esos antiguos muros en que tiembla la yedra, esos balcones que se están mirando en la fuente, esos árboles que acompañan á los ruiseñores en su canto, todo sería incompleto y mudo, si un pensamiento de amor no vagase por esas sombras, por esas aguas, por esas ruinas, por todas partes. Sí, yo he visto, yo he sentido lo mismo al contemplar ciertos hermosos cuadros, esos cuadros que no pueden mirarse sin lágrimas en los ojos, sin una sonrisa en la boca y el amor en el corazón. Vence en ellos damas hermosas paseando lánguidamente en terrados de mármol, seguidas de jóvenes caballeros; y una escalinata que baja al lago y á las gondolas, y hermosos árboles por corona redondeados en figura de parasol. Estas encantadoras escenas pasaban en el lago de Como ó sobre el Brenta, ó en Villa-Pamphili, cuando la voluptuosidad con su técnica de brocado recorría la Italia, y cuando ni una sola llama de amor descendida del sol, era perdida para la tierra. Hoy resucitan para mí aquellos muertos cuadros; mi alma se derrite de placer.

—Mira, Ulrico, coge el banco izquierdo de tu cuadro; el suegro viene tras de nosotros... ya no es tiempo; ya le tenemos encima.

—El señor Chartoux había ya agarrado á Ulrico del brazo.

—Estás seguro, yerno, de que hay en San Hipólito una contaduría de hipotecas?

Quedóse Ulrico como si hubiera caído de las nubes, y con la punta de su bota se puso á hacer cruces en la arena. El suegro continuó:

—Reflexionad, hijo mío: creo que habeis cometido una ligereza; hablando de este negocio me ha dicho una señora... Pero si no hay contaduría de hipotecas en...

—¡Bien! Bien! dijo bruscamente Ulrico; esperemos la vuelta de mi correo.

—Esperemos en buen hora. Pero ya veréis: la oficina de que depende vuestra tierra está en Montpellier ó en Nîmes; si es en Nîmes, Mr. Bressan es el que tiene que despacharos; ó el otro, yo á todos los conozco. Si es en Montpellier, ¡oh! entonces...

—No le parece á usted que hacemos bien en esperar el correo?

—Entorabués; pero siempre es útil hablar uno de sus negocios. Vosotros los muchachos todo lo lleváis de tropel; no entendéis una palabra de asuntos, menos el matrimonio como una diversion, y no hay nada de eso; el matrimonio no es una diversion, hijo mío. Aun-

que un hombre sea rico, vienen los muchachos y lo hacen pobre; hay que comprar un oficio de notario á este; formar un dote á la otra... es un diablo esto de establecer los hijos...

—Todavía no estamos en ese caso, señor Chartoux...

—Lo estaréis dentro de cuatro días... ¡Si supierais cómo se pasa el tiempo! Ah! á propósito, ¿habeis encontrada ese documento?... La fé de muerte de vuestro padre?...

—Pero si mi pobre padre murió en la batalla de Brienne! Eso lo sabe todo el mundo!

—Es muy posible; pero siempre se necesita el certificado. ¿Habeis escrito al ministro de la Guerra?

—Sí; diez días hace.

—Pues debiais tener contestacion. ¿Ni conocéis á ningun oficial en la secretaria?

—No señor.

—Tanto peor; hubiera sido preciso conocer á alguno...

—Me parece que podria uno muy bien casarse sin todas esas formalidades enojosas...

—¡Vueu ustedes lo que es la juventud! pero ¿cómo queréis que celebremos el contrato si nos falta un documento? ¡Vaya! hablemos en razon... Poneos en lugar del notario; apelo al señor Durand: el notario no os conoce...

—El notario me conoce; somos amigos desde la infancia.

—Distingamos: el amigo os conoce; el funcionario público no os conoce; ¿no es esto exacto?

Con este diálogo habian subido el sendero que conduce en espiral á la Torre-Magas. Ulrico no habia escuchado las últimas palabras del señor Chartoux; con sus miradas de artista habia abrazado el magnífico panorama que los moribundos rayos del sol doraban con sus horizontales reflejos. Contemplaba aquella Roma francesa madurada á sus pies en los transparentes vapores de una tarde de primavera. Resaltaba la blancura de los edificios modernos en aquellas sombrías ruinas, ennegrecidas por el volcán sarraceno; en el opuesto limite de la ciudad se levantaba en semicírculo el anfiteatro romano, ostentando sus magníficos restos en medio de las modestas fábricas que le contornaban retirados con un santo respeto. Ante la columna del teatro moderno se inclinaba orgulloso al frontispicio ático de la casa-cuadrada, diamante que un emperador puso á la ciudad gala en el dedo; y que mandó tallar á semejanza de los templos de Augusto en Pola, de la fortuna civil en Roma, de Venus en Veragua. Montañas azules, onduladas como sus hermanas de Ivoli y de Adano, corraban por la derecha el horizonte, tan fecundas en carreras monumentales y en manantiales de maravillosas aguas, que en vez de simples acuoductos debieran decorar las galerías y triunfales arcos.

Detuvieronse aquellas familias al pie de la gran roma romana que hoy sirve de pedestal á un telegrafo llamado la Torre-Magna. Contemplaba el señor Chartoux el telegrafo, buscando muy praviamente la solución del enigma que arrojaban sus brazos convulsivos á las inteligencias del aire. Las damas estaban ocupadas en ver si descubrían las azoteas de sus casas. Durand conversaba con Myrrha sobre la fabricación de los tejidos de Nîmes. Preguntó por Ulrico de Anduz. Había desaparecido: en vano le esperaron hasta la noche.

—Seguramente ha visto pasar su correo, dijo el señor Chartoux, y quiere sorprendernos esta noche con el certificado de la contaduría. Vámonos á casa.

Satisfizo esta explicacion á todo el mundo, y ya de noche se volvieron á la ciudad.

Pasadas algunas horas, Durand, que buzcaba á Ulrico, le encontró delante de las Arsenas, que se paseaba melancólico.

—No me preguntes nada, dijo Ulrico. Creo que en este globo que habitamos hay lugar para todo el mundo, excepto para mí y algunos otros. ¿Has encontrado tú el tuyo, Durand?

—Hombre, yo tengo mi casa.

—Sí; tienes tu casa como el peon en el tablero; al menor movimiento caes al suelo sin que nadie te tenga lástima; es un peon, dice todo el mundo.

—Pues yo estoy contento con mi suerte; veo las cosas como realmente son. Tengo una mujer á quien amo tranquilamente, y dos niños que me divierten con sus caricias; de día trabajo y de noche me paso.

—Oh! pues tienes una brillante posicion.

—Pero tú qué cosas tienes, Ulrico? me parece bastante buena la suerte que te ha proporcionado el destino. ¿Es culpa suya por ventura que en tu edad hayas llegado al fastidio sin atravesar el camino de los placeres? Tú me recordarás la historia del conde Gerard...

—¿Quién es el conde Gerard?

—Es un caballero del siglo XIII que...

—¡Oh! deja las antigüedades modernas, amigo mío. ¿Qué te parece el señor Chartoux!

(Continuará.)

LETRILLA.

La parlanchina
Doña Serapia
Habla de todo
Sin saber nada;
Y ayer la terca
Me porfiaba
Que á la Siberia
Se va por África
Y á Barcelona
Por Salamanca.
—Si tan derecha
Se va á la cama,
Se tira un dia
Por la ventana.

Aunque es mi vista
Bastante mala,
Ni gasto lentes
Ni llevo gafas;
Y ayer creyendo
Ver á mi Juana,
Salió su tia
Que es patizamba;
Y dije tierno:
Adios, salada.
—Si tan derecho
Voy á la cama,
Me tiro un dia
Por la ventana.

Un pobre viejo
Que á mí me trata,
Entre sus males
Cuenta el de asma,
Y á cada instante
Suspira y rábía;
¡Y Doña Brigida,
Vieja cascada,
Cree que suspira
Porque la ama!
—Si tan derecha
Se va á la cama,
Se tira un dia
Por la ventana.

Tiene Jacinta
Nariz de escarpia,
Boca de lobo
Y ojos de rata,
Cuerpo terrible,
Cuerpo de guardia;
¡Y porque á veces
Se pone maja,
La muy simplona
Piensa que es guapa!
—Si tan derecha
Se va á la cama,
Se tira un dia
Por la ventana.

Anda la tierra
Muy trastornada,
Las Maritornes
Se visten de amas,
Y sus señoras
Visten de infantas;
Y adora un jóven
A mi criada
¡Porque sospecha
Que es propietaria!
—Si tan derecho
Se va á la cama,
Se tira un dia
Por la ventana.

¡Ves á dos grillos
En una jaula

Cómo se muerden
Y se maltratan?
Así las monjas
Tambien regañan (1).
¡Y porque viven
Tan encerradas
Pepa imagina
Que son muy santas!
—Si tan derecha
Se va á la cama,
Se tira un dia
Por la ventana.

V. MARTINEZ MULLER.

EL EMPLEO DE LA VEJEZ.

TRADUCCION LIBRE DE ANACREONTE.

Traviesas, bulliciosas,
me gritan las muchachas:
en este limpio espejo
mira, mira tu cara.

Di: ¿no te encuentras viejo?
¿tu frente ya arrugada
del curso de los años
no da señales claras?

¿Dó estan aquellos bucles
que en ondas por la espalda
cual hebras de oro puro
graciosos fluctuaban?

Yo las respondo: hermosas,
son verdades amargas;
pero á mí ¿qué me importa
tener ó no esas galas?

Solo sé que la vida
mientras mas se adelanta,
mientras mas á su ocaso
con paso veloz marcha,
mas debe un pobre viejo
esperar su hora infausta
entre vino y mujeres,
entre fiestas y danzas.

M. C.

(1) El autor no ha estado en ningun convento, pero se lo ha dicho una exclaustrada.

JEROGIFICO.



Director y propietario. D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO DE ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alambros.